

DE ULTRATUMBA

Revelaciones de un espíritu

PRODIGIOSA RESURRECCION

PROLOGO

Se sabe que las ciencias ocultas han descubierto mundos de espíritus, los cuales habitan en los espacios intraestelares y acuden a la tierra cuando nosotros queremos conocer las cosas de ultratumba.

Un espíritu viajero que de la Luna vino, por llamamiento urgente de ciertos curiosos ocultistas de la América Central, hizo una maravillosa relación, sobre la existencia del hombre en nuestro satélite, en un mundo completamente idéntico al nuestro. Dijo que la formación de la Luna es en un todo igual a la terrestre; que la corteza lunar enfrió lentamente, surgiendo la vida por doquier, en todas sus manifestaciones, al conjuro de las bíblicas palabras, hágase la luz, y apareciendo las plantas y los peces, los otros animales y el hombre. Tuvo este entonces en la Luna su Eva, su manzana, su paraíso terrenal, su pecado y su castigo.

La luz, decía el espíritu, es la madre amantísima de todas las cosas, los seres, y los planetas y la inteligencia humana. Doquiera que hay luz emerge la vida y nace el movimiento. Rayos de luz capaces de convertirse en pensamiento y comunicar ideas a través de la distancia, son los que llevamos en el cerebro. Por eso podemos conversar con los seres de ultratumba, aunque se hallen en el último cielo del Universo, y aun mirar su imagen vaporosa, en los ensueños y alucinaciones.

La humanidad selenita, cual la terrestre, se ha perfeccionado por sucesivas civilizaciones. Ha visto enterrarse en el detritus de los siglos a pueblos gemelos de los arios. Conoció Tutankhámén y Faraones, Estados, lagos artificiales y monumentos admirables. La Luna es la Tierra misma, su alma misma, pedazo desprendido del sistema solar, el cual fue verdadera nebulosa a los de Suez y Panamá; lagos idénticos a los de Estados Unidos y Nicaragua; ríos caudalosos, por los cuales surcan espléndidos navíos iguales al Mayflowers; y en los modernos tiempos ha conocido inventos como el telégrafo y el teléfono, la fotografía transmitida por el radio, que es la mejor forma de comprender la identidad de los espíritus, del alma humana con con el espíritu divino, el cual circula por las venas del Universo y penetra todos los intersticios, átomos y moléculas de los seres organizados y de los inorgánicos. Gracias al radio, los mortales ven cruzar, allá en la luna, las imágenes incorpóreas de los amigos ausentes, vivos o difuntos.

El ingenio humano ha entrado en la Luna en el periodo suprasensible; y por esta causa los desencarnados del valle de lágrimas terrestre llegan al mundo selenita como a su propia casa, al reino espiritual de que nos hablan los ocultistas de la Tierra, en posesión astral de sus facultades. Miran cosas estupendas, no soñadas y no se maravillan.

De este género singular, maravilloso, es la historia de Hugo Lorimer asegurado por quinientos mil pesos selenitas semejantes al dollar americano, en una gran compañía de seguros de vida, que en la Luna existe, conocida con el nombre de Selenium Life Insurance Co. El industrioso Lorimer escogió la muerte de naufrago, por prestarse mayormente a la resurrección, y resucitó, en efecto, ante los ojos atónitos de la selenita estirpe.

Creemos que la ingenua narración de esta maravilla será del agrado de los habitantes de la Tierra, si se dignaren de leerla.

El espíritu invocado dió así comienzo a la peregrina historia:

VIAJERO MISTERIOSO

Barco de grandes dimensiones y comodidades, parecido al Leviatan, cruza el mar oceano de la Luna. Un viajero cuyo aspecto taciturno llama la atención de los demas, suele sentarse por las noches cabe la baraanda de la hermosa nave, para pensar hondamente y contemplar a sus anchas el espacio iluminado por la Tierra, la cual refleja hacia la Luna, como generosa hermana, la luz que el sol le da prestada. Los selenitas ven la Tierra llena, y la Tierra nueva, cual nosotros miramos los mismos fenómenos desde nuestras casas de aquí abajo.

Mira el viajero nuestro planeta, y digo nuestro porque tambien fue mio en vida y porque es privilegio no disputado de los muertos la propiedad de todo lo existente. Solo los vivos se disputan el predominio de las cosas, de lo util porsupuesto, pues nunca supe en las lecturas de historia que alguna nación peleara con otra por la posición del desierto de Sahara.

Los montes, océanos, rios, lagos y mares de la Tierra se observan desde allá bien delineados, con sus confines precisos, en admirable y plácida armonía. Para vosotros, los que aquí teneis todavía la miserable forma corporea, la idea de esta posición de nuestro planeta en el espacio no aparece bien clara. Para los que en la Luna conviven, el fenómeno es real y hermosísimo, sobre todo para Hugo Lorimer, hombre de inteligencia astral. Miran de allá a la Tierra en su carrera vertiginosa y se imaginan a los hombres como hormigas, afanados en arrebatarse el sustento los unos a los otros. Sin embargo, Lorimer comprendia mejor el movimiento de la Tierra, el de la luna no. Es la relatividad del sabio aleman Erinstein.....

El viajero medita, adormecido.....parece que sueña.....De su cerebro surgen imágenes y símbolos y vagas formas, que mi calidad de espíritu permite comprender.....

Su hermoso almacén de mercaderías, admiración de los moradores de la ciudad del Lago, su tierra natal y de su familia, en el bello país de Selandia, se está incendiando.....Las llamas se agitan, crecen, diviéndose en lenguas rojas, aterradoras.....suben, destruyen, convierten en pavesas las estanterías, los géneros. Todo tremola y cae con estruendo. Las llamas lamen el techo, mas no con amor sino con odio, rabia, furor de destrucción y ruina; y los maderos crujen y caen aterrando a los curiosos.....El almacén desaparece, consumido por la ignea vorágine. Los bomberos selenitas declaran su impotencia.....

Hugo Lorimer entreabre los ojos. El sueño le ha recordado su laboriosa vida. Hubo días de guerra y exterminio para su patria. Mientras otros combatían y morían, él quiso ofrecer dineros a los revolucionarios y pensó en un plan audaz, el cual fue llevado a la práctica con auxilio de un extranjero, oriundo de los Estados Unidos de la Luna. Mas en la patria de éste existe una policía habilísima, el delito se descubrió y el socio dió en la cárcel. Se trataba de una emisión de cinco millones de pesos selandeses.....Hugo Lorimer, con su inteligencia poderosa, hizo la defensa de sutilísima manera, consiguiendo, gracias al auxilio de un omnipotente ministro, que la emisión clandestina apareciese como emisión ordenada por el Estado. Contra el Gobierno no se incuban procesos y en la Luna menos. A los Estados no se les exige moralidad.

Comprendéis vosotros, prosigue el dilecto narrador de esta leyenda, moderna de verdad y no de los dorados tiempos de Gracia, que el viajero selenita no es un hombre vulgar vulgar. Es, al contrario, genial, y mayormente os convencereis de su preclaro ingenio a medida que la historia se desenvuelva en todas sus formas y colores.

Lorimer conversa despues consigo mismo:

---- El almacén estaba asegurado..... Voy a reclamar los cien mil pesos selenitas que la Compañía de Seguros contra Incendio me adeuda; y con

esta no despreciable suma conseguiré una póliza de vida por medio millón de pesos, en la Metrópoli del Mundo, en la casa llamada Seleniun Life Insurance Co. Mi cerebro arde con la idea de hacer una gran fortuna. En esa misma Metrópoli del mundo ofrecía mi cabeza un día a la silla eléctrica, por la suma de trescientos mil pesos oro.....Todo esto parece sueño, no imaginado por mortal alguno...../ Allí los ricos tienen el capital contado por millones. Uno de ellos tenía un hijo en la cárcel. Se le acusaba de haber dado muerte a una bellísima actriz, de sonrosado color, boca bermeja, blondo el cabello, los ojos de ágata, esbelto cuerpo venusino.....

Presentéme al rico papá, quien se mostraba agobiado por el dolor. Le dije que yo mismo me presentaría a la justicia como delincuente en lugar de su hijo, a cambio de trescientos mil pesos. Dejar trescientos mil pesos a mi familia me ha parecido a mi el más bello ejemplo de abnegación que en la Luna puede darse. Un caudal para mi familia, mi dulce familia de Senelandia...../

Mas el millonario repuso que no podía permitir que su hijo fuese libertado con una falsedad, que él estaba convencido de su inocencia y que se hallaba en el deber moral de probar la verdad.

Tenía aquel hombre otro concepto del honor, diferente del mío, y no pudimos entendernos. De lo contrario, ya estaría yo descansando en los espacios siderales.

Y al decir todo esto, levantó la cabeza, mirando el espacio, un tanto orgulloso. Brillaban sus ojos, como dos estrellas, tal es la intensidad de la mirada en los espacios ultraterrestres, donde los seres desencarnados moran.

Nada me arredra/ prosigue. Dios velará por mí. El sendero se iluminará con mi propio esfuerzo/

El vapor marcha magestuoso, cabalga sobre las empinadas y rebeldes ondas del mar océano y se acerca vertiginoso a los grandes muelles y desem-

barcaderos de la Metrópoli del Mundo. Desde la bahía se mira una estatua colosal, parecida a la de la Libertad. Cualquiera diría que la Luna ha copiado a la tierra, o que ésta imita a la otra, a porfía, en grandiosa competencia.

Arrima la nave al muelle, desembarcan los viajeros, toma Hugo Lorimer un automóvil y ordena que le lleven al Hotel Astal. El conoce la ciudad, en ella coronó su carrera de médico ocultista.

Como hemos dicho, todo hay en la Luna. Los automóviles se inventaron allá antes que en la tierra. En los mundos habitados las civilizaciones no son sino el trabajo laborioso y fecundo de un ser idéntico en todos ellos el hombre.

11

EL SEGURO DE VIDA

Lorimer duerme poco. Vive pensativo. Por su cerebro cruzan siempre atrevidas ideas. Medita en lo que hará el día siguiente muy temprano: cobrar la póliza ganada a costa de su almacén, de cien mil selenitas. Sin tocar el dinero endozará el giro a la Selenium Life Insurance Co., para que se le extienda un seguro de vida. El se halla en el camino de la riqueza. Brotará el oro a sus pies, con el esfuerzo único de su industria y su talento. El nuevo contrato debe ser de quinientos mil pesos. Le conmueve la perspectiva de la opulencia. Ama, adora a su familia, y por ella hará cualquier sacrificio, aun el de la muerte. Morir, después de todo, vale tanto como descansar. El espíritu vuela luego hacia los espacios infinitos y se posesiona del Universo.

A las diez am. en punto se dirige Hugo Lorimer a la compañía de Seguros contra incendio. Todo está en regla, recibe la letra de cien mil, vuelve al hotel con su tesoro en el bolsillo, almuerza opíparamente y espera

mente y espera las tres de la tarde para ir a la Selenicun Life Insurance Co. Es un hermoso edificio, un rascacielos de setenta y dos pisos.

Sale del Hotel. Llama la atención de los que le miran, Es distinguido, alto, elegante, ondulado el cabello, ruvia la barba, los ojos brillantes, expresivos, la nariz afilada, alta la frente, blanco el color, el rostro ovalado, simpático en verdad. Se detiene frente al edificio, entra y penetra en el elevador. Ascende, pide el piso 42, en donde se halla la oficina principal de la compañía, la cual está llena de mesas y papeles y timbres. Un escuchador de teléfono se mira a la diestra del Superintendente. La electricidad se encuentra en la Luna mas encadenada que en la Tierra. Despide chispas como Prometeo, y envia mensajes al espacio. Ilumina el firmamento, los salones, almacenes, y mueve los ferrocarriles y tranvías, y todas las maquinarias y los aeroplanos.

Lorimer saluda con mucha cortesía y toma asiento. El negocio es claro. El Gerente no tiene nada que objetar. La declaración del Médico es excelente. Se firma el contrato con presteza. El asegurado entrega el cheque de cien mil, y recibe la póliza.

El viajero habla el ingles correctamente. Este idioma en la Metrópoli del mundo es semejante al de New York. Esta gran ciudad tiene su gemela en el mundo selenita. Allá tambien hay Río Hudson. Y esto es lógico, natural. Existiendo las mismas cosas y seres en la Luna, el lenguaje se ha desarrollado como en la tierra, con una correlatividad extrahumana, cual obra de Dios. Hay gobierno, industrias, luchas entre el capital y el trabajo, huelgas, feminismo y anarquía, y guerras colosales parecidas a las de Luzbel contra el Sér Supremo, aquellas que el gran Milton supo ver con los ojos de su alma y de su genio.

Casi al mismo tiempo que en la tierra asacia la espantosa, la terrible, la apocalíptica guerra europea, sucedía en nuestro satélite otra que nada tenía que envidiar a la terrestre. Las granadas arrancaban montes, catedrales, puentes; habían socavado extensos campos, arruinado ciudades,

enteras ensordecido y cegado a los combatientes, barriendo multitudes, iluminando al estallar los últimos atrincheramientos y catacumbas..... Y nada falta en el concierto viviente de la Luna, en el reino mineral, y en los profundos senos de las aguas, y en la atmósfera y el subsuelo, y en las pasiones humanas, el odio y el amor.

111

DE REGRESO A SENELANDIA

Lorimer toma otra vez el vapor, de regreso a su pintoresca patria. Hondos pensamientos le preocupan. Jamas cerebro humano ha meditado tanto en la manera de morir. El desea, cual otro Jesucristo, escoger la clase de muerte, para redimir solamente a su familia, que no a la humanidad. Como hombre al fin, cae en ideas egoístas.

Durante la noche silenciosa, escuchando el golpe seco y sonoro de las hondas que se rompen y deshacen rugientes contra los costados del buque, Lorimer se pasea sobre cubierta, y medita.....A las veces escruta el horizonte queriendo descifrar la negrura del espacio, la lejanía, o la comba serena, azul, estrellada, radiante, del cielo. Este hondo meditar se repite noche a noche. El mar le sugestiona, atraéle el abismo, como la tormenta arrastra al huracan. Desearía arrojarse al proceloso mar, sepultarse para siempre.....

Días despues llega al primer puerto de su patria. Tiene la bahía un nombre que recuerda glorias helénicas. Es preciosa, resguardada de los vientos y las fuertes mareas, de pintoresca entrada y playas cubiertas de cocoteros y naranjos.

Desembarca. Al parecer no se da cuenta de su feliz regreso al hogar; Cruza los campos, llanos y poblaciones, sin contemplarlos, sin mirar los altos montes, las verdes crestas de la sierra, el hermoso lago, en cuyas márgenes yérguese altivo un espléndido volcán, con riberas que parecen de ópalo. Pasa a la vera de la Capital de Senelandia, tierra que el sol calcina y el polvo ahoga. Llega, por fin, al extremo de la línea ferrea, en donde yace tranquila la Ciudad del Lago.

Trascurren los días. Lorimer paga los semestres de su póliza con puntualidad. No ha descubierto el género de muerte, la mejor manera de trasponer los umbrales de la eternidad, de suicidarse para que su familia pueda heredar la gran fortuna de medio millón de pesos, suficiente para una familia senelandesa.

Algunas veces visita el fuerte del Lago, pequeño castillo construido por sus antepasados, para defenderse de bárbaros piratas que solían sorprender y entrar a saco a las ciudades. Procedían de lejanos países de habla inglesa y fueron muy temidos por su arrojo y valentía. No se puede llegar al derruido castillejo y a su largo muelle, sin contemplar con avidez el hermosísimo paisaje. A la derecha un inmenso volcán, coronado de nubes, las cuales tocan el cielo y se desdoblan sobre la montaña, con reflejos irisados durante las horas en que el sol asciende por el cercano oriente. Allá mas lejos, irguiéndose desde el fondo de las aguas, otros dos hermosos volcanes, que parecen senos virginales de una esfinge apocalíptica, perdida, dormida sobre las entrañas mismas de la tierra, de las cuales brota humo, y fuego y gases deletéreos. Las lenguas ígneas suben al cielo de manera intermitente y se convierten en negra nube, la que vuela vertiginosa hacia Occidente, impelida por los vientos.

Por los otros confines, escarpadas sierras, ríos que se bifurcan y cuelebrean en la sabana, y entran en el Lago mansamente, en señal de vasallaje. Sobre todo aquel bello espectáculo, un verdadero mar interior, de on-

das que se agitan a las veces como las del océano, perdido en el lejano confín con el principio del cielo, sembrado de islas e isletas, y canales, por cuyas aguas surcan pequeñas embarcaciones llenas de sandías, melones y otras frutas tropicales.

Recuerdan las islas de Grecia los espíritus concededores de la tierra, al contemplar este paisaje lunar; aquellas pobladas de odaliscas, ondinas y sátiros, de cuando las piedras, los peces, los pájaros y los árboles, la naturaleza toda concurría a escuchar los cantos de Orfeo, y la humanidad daba vida y movimiento a todos los seres, y las cosas y los elementos.

Lorimer se recrea en el paisaje, y luego entabla conversación con capitanes de barcos y marineros, no se sabe sobre cuales designios misteriosos.

IV

ARCHIBALD DE SESELANDIA

Un día claro y sereno, cual son todos los de la tierra sselandesa, dos viajeros al parecer humildes, José Archibald y su Señora, caminaban hacia el embarcadero del Lago, el castillejo antiguo. Querían una embarcación que les condujera al otro lado, a Puerto Sol. Solicitaron pasaje al Capitán de la goleta Aurora, la cual se hallaba lista para zarpar, pero les fue negado. La barca había sido contratada expresamente para conducir al magnate Hugo Lorimer a una de las haciendas vecinas.

Archibald ruega y porfía. Nada consigue. Espera entonces en el mismo muelle la llegada de Lorimer, pues está dispuesto a embarcar y es hombre tenaz en sus propósitos.

Cayendo estaban las sombras de la noche, en un bellissimo crepúsculo, cuando el esperado Lorimer llegó a la playa, acompañado de cuatro persona-

Jes conocidos y amigos todos de Archibald. Este saluda al caballero Lorimer, le pide lugar en la goleta para él y su esposa y obtiene el consentimiento sin dificultad. Embarcan los tres y se despiden de los demas.

Parecía penosa la despedida. Archibald creyó que algo pasaba en el alma de aquellos hombres. Como relámpagos cruzan impresiones por sus pupilas. Estrechan fuertemente la mano de Lorimer y uno de ellos, no satisfecho con tan pequeña muestra de cariño, le da un abrazo, y le dice adios con emoción no finjida. Archibald medita. Se halla tan cercano Puerto Sol que no tiene explicación la penosa despedida.

Sueltan los marineros las amarras de la barca Aurora, y los personajes permanecen en el muelle. Los de tierra se pierden en la sombra de la noche, y la barca surca las aguas, a rápidos saltos sobre las ondas. Los dos esposos permanecen cantados. Lorimer reflexiona como siempre.

La señora de Archibald enferma de mareo. El Lago está bravo. Lorimer la asiste. Parte con un cortaplumas unos limones, exprime su jugo sobre un vaso, toma agua de las mismas ondas, inclinándose un poco la cabeza hacia el abismo, y obsequia a la dama con limonadas para calmar su mal. En gentileza nadie le gana a Lorimer, es correcto caballero.

La dama empeora.....Lorimer se inclina de nuevo sobre las ondas para socorrer a la enferma.....se inclina demasiado..... y resuena de repente un grito de angustia desolado.....que domina el ruido de las olas.....Lorimer ha caído al agua.....

Es la voz de la señora horrorizada.....Es terrible el momento.....Los marineros caen en la irresolución y el temor. Se escucha del naufrago el agitado bracear.....

La embarcación se detiene. El desgraciado Lorimer ha desaparecido.

Mientras los marineros se agitan y se interrogan a si mismos, Archibald socorre a su esposa, la tranquiliza un poco, y se queda él pensativo. Observa con extrañeza que del palo de estribor pende un cable. Recapacita,

desconfía, una duda pasa como sombra sobre su frente.....

Todas las pesquisas fueron inútiles. El hombre había desaparecido en realidad en el seno de las aguas. Lorimer no pudo luchar contra las ondas.

Qué hacer? La pregunta es simultánea. Sale de todos los labios. Continuar el viaje? Volver inmediatamente a la ciudad para dar cuenta de la desgracia?

Esta fue la resolución tomada.

Vira en redondo la pequeña nave y toma la dirección de la ciudad, la cual no se halla lejos. Los marineros abrigan todavía la esperanza de que Lorimer gane a nado la cercana playa. Dicen que es buen nadador, que había conquistado una vez el primer premio en un concurso de natación, en la Universidad en donde hizo sus estudios.

Archibald se sienta en la proa de la embarcación. Cree entrever en la sombra a un ser humano, el cual se agarra al extremo de un cable..... Algo que surgía, se perdía, resurgía, en una especie de danza macabra. Es el naufrago talvez, quizás su espíritu, ilusión, o pesadilla del propio Archibald, quien se siente cansado, adormecido, temeroso de un engaño.....

El espiritismo se halla muy adelantado en la Luna. A nadie causan extrañeza los fenómenos de la ciencia oculta, en las sociedades selenitas, y Lorimer era un médico ocultista. Un selenita llama cuando quiere a sus parientes de ultratumba y conversa con ellos, por manera grata y amigable. Los espíritus viven allá en comunión con los mortales. Reciben en la Luna con frecuencia la visita de los espíritus, habitantes de otros astros, ora de Marte o Neptuno. El espíritu de Lorimer viaja sin duda en estos momentos.

Archibald despierta y se pasa la mano por la frente. Cree y duda al mismo tiempo. Es hijo de la Ciudad del Lago, la cual goza fama de abrigar en su seno a los hombres mas inteligentes del planeta lunar. Pero tambien tiene Archibald temperamento de Sancho. Cree en el andante espiritismo y duda al mismo tiempo. Su alma se compone de extrañas paradojas. Puede ser

el espíritu del naufrago aquel que se agarra al cable, pero a la vez puede no ser.

Duda de todo Archibald, y aconseja por eso a su Señora, diciéndole al oído:

Si te llaman a dar testimonio ante un juez, di que te consta que Lorimer cayó al agua, pero que no podrías jurar que se haya muerto. Así daré yo también mi declaración.

La veloz Aurora prosigue su camino desesperada. Ya se mira claramente la ciudad. Se halla cerca el muelle, domina las ondas la voz del Capitan...

Archibald sigue padeciendo de alucinaciones. Mira una sombra humana soltar el extremo del cable y deslizarse por entre los chiqueros del muelle.....Le molesta la persecución de los espíritus.....

Los mismos personajes que horas antes habían despedido a Lorimer se hallan en el castillejo todavía, como si hubiesen tenido el presentimiento de la desgracia y se hubieran resuelto a esperar la fatal nueva.

Esto desconcierta a Archibald. Comienza a dudar de la verdad del naufragio. Quisiera saber si la sombra desaparecida bajo los maderos del muelle es sombra viviente.....

Pero, cómo desconfiar de lo que su propia esposa había visto, a Lorimer cayendo sobre el abismo y a las olas tragárselo? Esa sombra puede ser quizá el espíritu del naufrago, que no quiere abandonar la Ciudad del lago, sin mirar a los suyos por última vez. Antes de entrar en lo infinito ha de querer contemplar su tierra natal, la sultana de sus pensamientos, la noble heredad solariega, en donde su espíritu industrial adquirió vuelos de águila caudal. Quería ver la luz de su hogar, a su esposa dormida, inocente de que el alma de su compañero rondaba su lecho, mirando a sus hijos ingenuos y sonrientes.

Todo sería sollozos y lamentos en el desgraciado niño de sus amores, dentro de unos cortos instantes, y quería ser partícipe de la triste escena, consolar él mismo en espíritu a la desolada viuda.....Así creía Archibald

SOLEMNES CEREMONIAS RELIGIOSAS

Los amigos del infortunado Lorimer se encargaron de llevar la fatal nueva a la familia.

Los marineros y los esposos Archibald fueron al juzgado a prestar declaración sobre las causas y circunstancias de la desgracia. Todos juran ante la imagen del Dios selenita, que Lorimer había perecido en el fondo de las aguas; pero no los Archibald, quienes aseguraban que solamente el caer del hombre en el abismo les constaba con certeza.

En la Luna los escritores tienen mayor imaginación que los de la Tierra. El espíritu narrador de estas maravillas, azeridos oyentes, proviene de vosotros, no ha llegado todavía al desarrollo astral en que los selenitas se hallan. Quisiera la genial e insigne pluma de los escritores de ese otro mundo para describir la impresión de pavor, desconsuelo, desesperación la pérdida de toda humana compostura que la esposa, hijos y parientes de Lorimer padecían en aquellos aciagos instantes. Ya se mesaban los cabellos, ya corrían a contemplar el retrato del difunto, ora se lamentaban recordando su vida toda, sus proezas, su hidalguía, el preciado nombre, inmarcescible honor de la familia; ora decían con enternecedor acento que más bien quisieran al inolvidable padre vivo, que no el cuantioso caudal legado a costa del sepulcro; ora tenían inconsolables que las temidas fauces de las fieras hubiesen concluido con los restos de Lorimer, espejo y deshado de la sultanezca ciudad.

Los curiosos llenaban la sala y los corredores de la casa, arremolinándose hacia la calle, poseídos de mortal angustia y de la tristeza que de los aires y los mismos cielos parecía descender.

Unos corrían a la sala del juzgado en donde la instructiva del nau-

fragio se seguía. Otros a las riberas del Lago, sobre cuyas ondas surcaban mas de cien embarcaciones, en busca del desaparecido, a quien se creía en lucha desesperada y trágica contra el enemigo abismo y la eternidad. Cualquiera sombra, nube ligera que se retratase en lo profundo, la moviente imagen del sol, el pez que rompía adentro las ondas, sorprendían a los marineros, y las naves corrían, volaban; y el sol movedizo, la nube, las sombras, el recuerdo de su expresivo semblante, ahora inerte, la imagen de sus ojos que ayer despedían luz y hoy tinieblas, perdidos para siempre, en letal y profundo sueño.

Desaparecía de los pies de la familia el firmamento, pues se creía abandonada y solitaria en esta vida. Las implacables ondas se negaban a devolver el cadaver del amado dañado.

Las promesas, los rogativos, los cuales tambien existen en la Luna, parecían al Times de New York, llenaban sus columnas con los rasgos biográficos del difunto, desde su infancia hasta su muerte. Y son tales los rogativos de la Luna que allá el escritor solamente se da el trabajo de enviar desde su escritorio los manuscritos por medio de largos tubos, los cuales conducen a las prensas. De éstas salen luego los grandes diarios por millones a la venta, a las manos de alegres y traviesos muchachos se-lenitas, quienes no corren sino que vuelan como electrizados.

Noche a noche concurrían en masa las familias mas nobles de la Ciudad del Lago a los rezos del difunto. Catafalco negrisimo se alzaba en la sala, negros crespones colgaban de las paredes y el techo; coronas, targetas, candelabros, cirios, cruces, esferas, se miraban por doquiera como símbolos de piedad y contrición.

Durante una de esas horas de cristiana oración se hallaba en la sala mortuoria un notable sacerdote, oriundo de la hermana república de Costa-firme. Mientras él hablaba lleno de fe por los decretos del Altisimo y de pesar por el muerto, él muerto mismo salió de su tumba al parecer y, cru-

zando por la alcoba cercana, puso al sacerdote en la premiosa necesidad de hacer la señal de la cruz, presa de involuntarios estremecimientos. Fue, sin embargo, prudente y discreto el santo varón. Sin dar muestras de ansiedad despidióse de los deudos y se alejó bien pronto de la Ciudad del Lago, temeroso de que ésta fuera la vivienda de toda clase de brujerías.

No obstante la grandeza de la civilización lunar, existen también allá estas preocupaciones y creencias, de que los muertos salen. Siendo la humanidad selenita humanidad al fin, es natural que haya pasado y pase por las ismas creencias agoreras conocidas por la humanidad terrestre, con relación a la muerte, el alma humana y la eternidad.

Treinta solemnes misas fueron dichas en la Santa Iglesia Catedral, presididas por el dignísimo Señor Arzobisp, para que el alma del difunto fuese recibida en el cielo con palmas y coronas.

VI

NO HAY MAL QUE DURE CIENTO AÑOS.

Mitigáronse los pesares. La ciudad del Lago, la Sultana de Senelandia, si bien sentimental, es un poco voluble y volvió serena a sus placeres.

La familia de Lorimer pensó cuerdamente en el seguro y en la manera de cobrarlo. Suponia y con razón que ninguna compañía del mundo selenita era capaz de negar la muerte de un hombre tan llorado por la sociedad entera, tan solemnemente encomendado a la bondad infinita del Todopoderoso. Tenía, además, grandes entronques con los gobernantes de Senelandia y el embajador de esta República, cerca del Gobierno de Estados Unidos de la Luna.

Uno de los hijos del naufrago fue nombrado cónsul de Senelandia en la Metrópoli del Mundo. Cruzando el oceano, pensaba en su padre y en su tris-

te hado. Poderosas cartas de recomendación del propio Presidente de su patria llevaba en el bolsillo dirigidas al referido embajador, residente en la Capital de aquel país amigo y protector.

Con cartas de introducción de tan altos personajes presentóse Oscar Lorimer ante los gerentes de la Selenium Life, Insurance Co. Como sucede en todas partes y en la Luna igualmente, la Compañía carecía de alma. No soul in corporations, decían los estadounidenses selenitas. No se dejó enternecer. Nada valieron para ella las narraciones singulares de las ceremonias religiosas consagradas a Hugo Lorimer. Las cartas fueron miradas con indiferencia por los jefes de la Compañía, alegando que las declaraciones tomadas no bastaban para comprobar la defunción. Había de buscarse el cadáver del naufrago, o el tiburón que se lo engullera, aun en este caso la prueba era difícil, pues los cadáveres abundan y los tiburones también.

Ya comprendereis, queridos espiritistas, que el seguro de vida no es tan seguro como parece, no quizás por culpa de las compañías, sino por la de los interesados, quienes a las veces no toman las debidas precauciones para morir, con todas las formalidades requeridas.

El hijo de Lorimer porfiaba, pero los gerentes decían: "Tal vez tenga U. razón, mas los reglamentos de nuestra Compañía son claros. Se necesitan pruebas auténticas, hechos concluyentes. Respetamos nuestra palabra y pagaremos cuando se desvanezcan las dudas, y llegue el convencimiento de que ya no veremos mas en este mundo lunar al Señor Lorimer, verdadero y legal, en cuerpo y alma. En las informaciones recibidas aparecen testigos que dudan o no tienen certeza de la muerte del padre de Ud."

Por la gravedad y urgencia del negocio, Oscar Lorimer requirió prontamente a su familia de Senelandia para que consiguiera de los esposos Archibald una nueva declaración, clara y concreta, sobre la verdad de la defunción.

El otro hermano de Oscar, Pietro Lorimer, debía empeñarse con extraordinario celo, allá en Senelandia, en conseguir las declaraciones referidas

Mas Archibald se niega. Repite que tanto él como su esposa, no pueden jurar en vano. Ellos no han visto el cadáver de Lorimer, ni las fieras que se lo tragaron. El juramento es sagrado, la verdad es santa.

Pietro ruega, ofrece cinco mil selenitas, se desespera, ocurre a los parientes de Archibald para que lo convenczan de la necesidad y urgencia de una declaración completa. Personajes influyentes de Senelandia se dirigen a él por escrito, hablandoles de la amistad que Lorimer le profesara en vida, de la miseria y tristeza de la familia y de todo aquello que pudiera enternecer el corazón del testigo. Pero éste permanece inexorable.

Hubo una pausa, un corto plazo, durante el cual Archibald no oye hablar del asunto. Sin embargo, un día recibe de nuevo la visita de Pietro Lorimer. Lloraba éste de pena, poniendo ante los ojos del testigo el espectro de la pobreza, de la abominable miseria.....

El corazón de Archibald es de acero. No cede. Desesperado el fiel hijo, ansioso, avergonzado, humillado, mirando con recelo hacia la puerta, cerrandola de manera furtiva, toma del brazo a Archibald, le lleva hacia un oscuro rincón, como temeroso de que las paredes escuchen lo que va a decir, y exclama, entre lágrimas y reticencias, en voz bajísima, nerviosa.....

Mi padre está vivo.....

Un rayo me parta, dijo atónito Archibald. Cómo es posible? Y tanta ceremonia religiosa.....y lágrimas tantas, y misas.....y respuestas inabables

Así es, repuso Pietro en tono apenas perceptible.

Archibald recapacita. Como siempre, se dan a combate en su alma las paradojas. Recorre en un minuto las peripecias de la comedia, la caída de Lorimer al agua, el cable aquel, la sombra agarrada a un extremo, luego el ser humano que se oculta presuroso tras los chiqueros del muelle, la presencia de los otros personajes, las cien embarcaciones que buscaban al náu-

frago, la película entera, admirable y singular.....

Dirige hacia Pietro la mirada, y le dice:

-- No puede ser.....Necesito una prueba. Es preciso traérmola. Solamente así consentiré.

-- Te bastaría una carta auténtica, escrita de puño y letra de mi padre?

-- Si, pues conozco mucho esa letra.

Y luego convinieron en que por la mañana del día siguiente Lorimer hijo llevaría la carta de su padre. En verdad fue puntual.

Archibald aparenta convencerse. Siente de nuevo la extraña impresión que por tantas veces se ha apoderado de él, al recordar estos hechos. Se asusta por el descubrimiento de la verdad que tantas veces ha sospechado. Cuando en esta forma se llega a la convicción y se desvanece la duda que por mucho tiempo preocupara a nuestro cerebro, el espíritu siente un vacío, la pena de que otros le traigan a uno la nueva soñada. No saboreamos entonces la especie de manjar espiritual, que fortifica y da vida, el descubrir los misterios por nuestro propio esfuerzo.

-- Pero mi padre me ha recomendado, dice de pronto Pietro, que lleve otra vez esta carta y que te vayas hoy mismo conmigo, en el tren de la tarde, para la ciudad del Lago.

Archibald aparenta la duda otra vez. Arguye que es preciso comparar la letra con la de otras cartas que él guarda.....

-- Vuelve, Pietro, dentro de un momento. Iré contigo...esta tarde.

Mientras Lorimer se ausenta, Archibald medita. Llama luego a su esposa y le da cuenta de todo.

-- Es una partida peligrosa, pero la jugaré con valor. Guarda cuidadosamente este papel. Si esta noche antes de las diez, no recibes un telegrama urgente que te enuncie mi regreso, envía aviso a la prensa.

La Señora se extremece, pero Archibald la tranquiliza. En verdad, éste no teme nada de las personas que en la comedia juegan papel, mucho menos de Hugo Lorimer.

VII

EL MILANO Y EL AGUILA.

SECRETARIA
 COMANDO EN JEFE
 FUERZAS ARMADAS
 ARGENTINA

Acompañado de Pietro Lorimer fuere Archibald a la estación del ferrocarril, a las dos de la tarde. Poco hablaron en la calle. Había cierta tensión entre ellos. El uno pensaba en su padre y en la desgracia que envolvía a toda la familia; el otro pensaba en el provecho, en los dineros que de todo aquello podía sacar.

-- Dame la carta, dijo Pietro de repente.

-- Allá la entregaré a tu propio padre.

-- Te conduces de manera poco generosa con mi padre. No es que temas algo por el juramento que darás ante el juez, sino que no te conformas con cinco mil selenitas.

-- Es racional. La ganancia de Hugo Lorimer será de quinientos mil pesos, y el pago de esta cantidad depende de mi esposa y yo. Es un negocio. Veinte y cinco mil pesos podrían darme, a cambio de cuatrocientos cincuenta mil que tu familia recibirá. Eres muy joven, Pietro. Tú no entiendes de negocios.

Pietro guarda silencio. Rápido ha sido el diálogo. No tiene palabras lógicas para contestar. Su padre y Archibald se hallan colocados en el plano de los negocios y no de la ética. La moral estaba demás. Hablar de generosidad parecía inútil.

A las cinco de la tarde, el tren saludó con un pitazo a la Ciudad del Lago, la cual se miraba tranquila hacia la derecha de la línea ferrea. En la estación esperaba un pariente de Archibald, uno de sus tíos, de anteojos oscuros, alto, entrado en años, no mal parecido. Se presenta a los

dos viajeros, y los tres toman un auto, para pasear por la ciudad. Recorren la calle principal, asiento y ordinaria vivienda de muchas familias de linajuda estirpe senelandesa. Sus pergaminos se remontan a la edad media lunar.

Rueda luego el coche hacia el Lago, pasea por los barrios lejanos, gira de nuevo hacia el centro, da cueltas y revueltas como en espera de que el sol descienda en el ocaso y las tinieblas de la noche caigan sobre el firmamento, quedando de testigos las estrellas solamente.

Antes de penetrar en la casa en donde Hugo Lorimer se oculta, el tío de Archibald dice al sobrino:

— Debes dejarte vendar. Tenemos temor de tí, pues te hemos visto demasiado exigente en la cantidad de dinero.

Archibald se deja vendar sin protesta. No le interesa conocer el lugar de la entrevista.

El auto prosigue su camino, y despues de algun dodeo penetra en un espacioso patio.

Conduce el tío al sobrino, vendado todavía, a una solitaria casa y entra con él en una pequeña sala, mal alumbrada, a obscuras casi. Archibald mismo se arranca la venda, impaciente.....

Allí está Lorimer, en carne y hueso, vivo en efecto/

A pesar de todo, el testigo vacila, siente tentaciones de poner las manos sobre el cuerpo del presunto naufrago, de profanar aquel ser encarnado de nuevo, para convencerse de si es hombre en verdad o espíritu de ultratumba.....

Alrededor de la mesa se hallaban sentados tres amigos de Lorimer. Es sin duda alguna el abogado, pues levantándose ligero, se dirige a Archibald y le estrecha la mano.

Lorimer...Lorimer auténtico, viviente.....

El testigo se sienta con aquellos hombres

El testigo se sienta con aquellos hombres

— Ya ves que estoy vivo, dijo tranquilamente Lorimer. Te he llamado para suplicarte, por la vieja amistad que nos une, que seas un poco razonable. Yo en verdad recibiré quinientos mil selenitas, pero son varios mis compañeros. Con ellos debo compartir en parte la prima.

— Comprendo, contesta Archibald, tu situación y lo mucho que mereces por la extraordinaria combinación que de tu genial cerebro ha nacido. Todo el dinero debiera ser tuyo; pero no es pequeña mi responsabilidad al declarar y al exigir también que mi esposa declare tu muerte real. Mayormente ahora que te estoy viendo vivo y sano. Es un peligro, un perjurio, algo muy grave. La casualidad me ha colocado en el camino de esta peligrosa y nunca soñada aventura. Me parece que estoy en la famosa cueva de Montesinos, que tu eres Quijote y yo Sancho, Quijote que busca endriagos entre las aguas y no en los campos de Montiel. Ambos andamos en espantables hazañas, no imaginadas en este mundo lunar. Temo dar con mi pobre humanidad en una cárcel, y en este caso, tan probable, los veinte y cinco mil que modestamente pido, serán de gran utilidad a mi familia.

— No hay ley en Senelandia, Archibald, que castigue esta clase de delitos mas bien son inventos, arte pura, ingenio, prodigio, y además el gobierno esta ayudándonos.

— Pero mañana podrá no estar. Ya sabes que en esta tierra un presidente anochece y otro amanece.

— Esas revoluciones han desaparecido. Recuerda que existe en Senelandia una poderosa guardia, de extranjera procedencia, velando por la paz, el orden y el cumplimiento de la ley, en nombre de la civilización.

Archibald sonrie. Piensa quizás en que estos nobilísimos inventos del ingenio humano, que el gobierno senelandés apoya, no son vestigios del orden y el cumplimiento de la ley.....

— Es mucho dinero, prosigue Lorimer. Reflexiona. Te daré cinco mil.

De ninguna manera, querido amigo, observa que mi deber es otro. Yo debiera denunciarlo todo a la policía. Sin embargo, te hago proposiciones razonables. Procura meditar, que te ayuden con su consejo tus amigos, no sea que tus largas vigili-
as te hayan trastornado el seso.

Se levanta colérico el tío de Archibald, al oír estas palabras y amenaza al sobrino.

No añadas la burla a la negativa, le dice. Estás en nuestro poder y tu libertad y tu vida misma dependen de nosotros.....

Archibald sonríe de nuevo, sin levantarse de su asiento, y repone:

ya lo esperaba; pero si Uds. no me devuelven a la libertad ahora mismo, y a las diez de la noche o más tardar, mi esposa no recibe aviso mío por telégrafo, de que llegaré mañana, ella dará cuenta a la policía y a la prensa de lo que pasa, y mostrará y publicará el papel que Pietro me ha llevado.....

Lorimer se desencajó a ojos vistas--El tío comprendió que le superaba en muchos quilates el sobrino--Se cruzaban miradas de unos a otros. Hablaban los ojos que no los labios. Minutos de intenso, maravilloso combate y lenguaje mudo, pero elocuente; amenaza, temor y odio, confusión y desaliento, algo extraordinario, desconocido en verdad para el mundo terrenal.

Solamente en la Luna, queridos oyentes, dice el insigne espíritu narrador de esta portentosa historia, comprenden las almas, colocadas en un plano astral superior, estos momentos de pasión suprema, inmortal reflejo del alma de Dios que circula por el Universo. Yo desearía dar a conocer, en verdad y en espíritu, el aliento soberano de estas cosas, pero no lo podría conseguir.

Lorimer fue el primero en comprender el gravísimo peligro, y en dar una orden casi: "Lleven a este hombre al telégrafo....."

Y la orden fue obedecida, sin acordarse de vendas ni de precaución alguna.....

VIII

SEGUNDA PARTEEL MILANO VENCE AL AGUILA

Puso el telegrama Archibal y regresó en cuerpo y alma a su hogar. Nadie se atrevió a tocarle un pelo de la cabeza ni a mirarle con malos ojos. Empero, las relaciones quedaron rotas entre el águila y el milano.

Pasaban días y las excitativas para la declaración no se repetían. No se repitieron mas. Sin duda Lorimer pensó en nuevos y más seguros procedimientos para conseguir el pago del asegurado. Sepultóse otra vez. Sus huellas se perdieron para el mismo Archibald, ya no digamos para la Selennian Life Insurance CO.

Singularmente discretos se mostraban los hombres que conocían los secretos de Lorimer. El público casi no se daba cuenta de las tramas de este asunto. Y de esta manera, para la generalidad, el naufrago se convertía en un ser fabuloso, habitante de un país de misterio y leyenda, como dirían los modernos poetas terrenales. El mayor número admiraba y elogiaba la conducta de Lorimer. Decíase en la Ciudad del Lago que él, temeroso de ver a su esposa e hijos en la pobreza, había resuelto suicidarse. Se compadecía al hombre, se le consideraba héroe de los pocos que en el mundo lunar han sido, de aquellos modestos y sinceros que tantas veces pasan a nuestro lado sin llamar la atención de nadie. Honores y galardones les tributamos cuando mueren, y esto es injusticia, sea de la humanidad lunar, sea de la terrestre, saturnal o venusina. Para que en todos los mundos habitados puedan multiplicarse los hombres de genio, es preciso recompensarles en la

vida y que sirvan de estímulo y ejemplo a los mortales, en el propio planeta, y no en el otro mundo, en donde existen millones y mil millones de inmortales. Los cielos ya no necesitan mas. Es aquí abajo en donde carecemos de inteligencias luminosas, superhumanas, como la de Hugo Lorimer.

Así dijo el espíritu, tomando luego un descanso ligerísimo, para proseguir.....

Estos murmullos de la multitud, especie de mar de dimes y diretes que se enseñorea de los mundos en los cuales existen hombres y mujeres, pasaron desapercibidos para Archibald. Guardaba silencio, meditando a su vez en algo interesante y decisivo para el éxito de sus planes.

Deseosos de conocer su resolución, no debemos perder la huella de sus pasos pues se está volviendo más sugestivo para nosotros que Lorimer. Este perdió las alas en las profundidades del Lago y aquel se las ha puesto.

Dedicóse por algunos días a la compra de ganado, para lo cual hacía frecuentes viajes a las propiedades de sus parientes, cercanas, a la ciudad del Lago, o por otros sitios de crianza. Solía buscar las mejores reses para los mejores mercados senelandeses; mas los negocios iban mal por culpa de unos banqueros que se habían adueñado de los recursos económicos de Senelandia, en compañía del Gobierno, y Archibald fracasó.

Con diligentes esfuerzos supo reunir unas pocas monedas y resolvió su viaje para la Metrópoli del Mundo, en los Estados Unidos de la Luna.

Embarcó primero con dirección a la República hermana de Costa firme, quedándose algunos días en su capital llamada Saint Joe. Allí se le acabaron los recursos y se vio en la necesidad de buscar trabajo con un vendedor de vinos, de extranjera cuna. Le dijo Archibald de sus apuros, de su deseo de continuar su viaje.

Te enseñaré el medio de ganar dinero, a la manera que los buenos hijos de Sierra Morena enseñaron y educaron a Gil Blas de Santillana. Toma esta

botella de vino añejo, de lo más delicado de mi tierra. Ve al palacio del Señor Arzobispo de esta Diócesis y dile que lo pruebe. Le gustara en extremo por que sabe a gloria. Agrega que de esta misma clase tenemos varios barriles, los cuales podrían venderse a cómodos precios, para gusto y regalo de su Señoría. No olvides decir tenemos, pues tal es la manera sugestiva que usan los agentes viajeros para vender su mercancía. Aparecen como ángeles.

Archibald no desconfió de las palabras relativas a Gil Blas de Santillana. Obediente fue al Palacio Arzobispal, hizo y volvió. El prelado tomaría cinco barriles, recomendando que no le olvidaran si tan famoso vino volvían a traer.

Busca inmediatamente un carreton, dijo el extranjero, quien por su acento parecía catalán, carga los barriles, y llévalos a la bodega del Arzobispo y cobra los dineros.

Archibald hizo lo que le ordenaron. Cuando entregaba íntegro el producto al catalán, éste le dijo:

Procura tomar el tren inmediatamente, aprovechar el primer vapor y salir cuanto antes de Saint Joe. El vino es malo. Remos cometió el pecado de engañar al Dignísimo Prelado. No sabe a gloria sino a vinagre. Procura pues ponerte en cobre.

Archibald se puso nervioso y fuese corriendo a su alojamiento, en el cual se mantuvo el resto del día y la noche toda. Mal dormir, con pesadilla, le inquietó bastante. Soñaba con los gendarmes, mas al despertar se consoló diciendo con muchísima razón por cierto que él nada sabía de la patraña y que había pecado de inocente. Para no condenarse innocentemente llegóse al tren muy a la hora, y por la noche, fuera de peligro, descansaba arrellonado en un limpio esarrote del vapor, contando las pocas monedas que le sobraban de la comosión ganada.

Su llegada a la Metrópoli del Mundo fue para él un acontecimiento de

liz memoria. La maravilla trastornó sus ojos. No cesaba de mirar por todas partes. Recorría una y más veces como alhelado, la hermosa calle central de la ciudad, cuajada de luces por la noche, deslumbrante, fascinadora, llena de vitrinas, escaparates, mercaderías, focos de luces de diversos colores, que relampagueaban de manera intermitente, fantástica, fosforescente, dibujando en la altura seres apocalípticos, sierpes y esfinges, figuras mitológicas, casi sobre naturales.....

Pronto, sin embargo, recobró Archibald la calma. No es hombre de aquellos que pasan el tiempo en contemplaciones y ensueños. A la labor, se dijo, y a la labor se fue, al propio Consulado de Selandia, en donde ya no se hallaba el hijo del genial asegurado, Oscar Lorimer. Archibald quiere trabajar, no ha llegado a perder tiempo a la Metropoli, y desea protección y recomendaciones de los representantes de su patria.

Se dedica luego con la mayor reserva a la búsqueda del edificio de la Selenian Life, Insurance Co. No conocía el inglés, el de la Luna, el cual ya sabéis, queridos oyentes, no tiene diferencia con el de la Tierra. Archibald tiene entendimiento despejado. Ha aprendido mucho con las lecciones de Hugo Lorimer, y domina pronto la lengua extraña, lo suficiente para hacerse comprender sin necesidad de intérprete. No quiere a estos señores. Duda de su discreción.

Presa de asombro conoció un día el inmenso edificio de la Compañía. Supuso que en ese rascacielos se almacenar millones y millones de pesos y que para sus dueños el dar cincuenta mil selenitas equivalía a levantar un grano de arena de la playa del mar o a quitar un pelo de la cabeza del gigante Sanson.

ARCHIBALD DELINEA SUS PROPOSICIONES

El día siguiente, nuestro milano convertido en águila puso en obra su plan, dirigiéndose a la casa de la Compañía. El peon del elevador lo condujo a la primera oficina, en la cual Archibald encuentra a uno de los dependientes.

_Ud. desea ver al Gerente de la Compañía, dice el empleado. Por qué no me indica Ud. el objetivo de su visita, para darlo a conocer a mis superiores?

_Es algo que solamente con la gerencia debo tratar, contesta Archibald con serenidad.

_Pero bien, acaso no es posible.....?

_No, pues se trata de algo muy grave, de grande interés para la Compañía.

_Suba Ud. pues al piso 24, repuso el empleado con una cortes inclinación.

En el número 24, las mismas preguntas y contestaciones, pero Archibald no revela nada. Nueva indicación recibe para el número 32.

_Es Ud. el Gerente de la Compañía?, pregunta nuestro conocido al empleado que encuentra en la oficina, quien demostraba en sus modales cierta superioridad.

_No, repone Archibald con acento un poco serio. Se amosca por la curiosidad de los empleados. Cree que le quieren arrancar su secreto para recomendarse a los superiores y ascender en la escala de los empleos de la Compañía.

_En verdad no soy el Gerente, pero para indicar el número de la oficina que Ud. desea, necesito saber el motivo de su visita.

—Se trata del caso de Hugo Lorimer, contesta Archibald a quema ropa. El empleado da un paso atrás y examina al hombre que tiene delante. Lo examina de pies a cabeza.

El heroe resiste sereno, imperturbable el examen.

—Pero U. puede darme a conocer todo lo que quiera. Soy el Vicegerente. El caso de que me habla nos lleva en verdad preocupados desde hace meses. Si U. nos trae alguna luz en ese laberinto, por qué perder tiempo? Por qué no decirlo todo ahora mismo?

—Si U. no me permite la comunicación directa con el jefe principal, me volveré sin decir nada, replica Archibald dando muestras de resolución.

El Vicegerente indica entonces la oficina superior, y se despide de Archibald. Mientras éste asciende, el Vicegerente toma el teléfono, llama a su jefe y le dice:

—Sube en este momento un extranjero. Se trata del caso de Hugo Lorimer el náufrago de Senelandia. Parece que conoce cosas importantes.

El recibimiento de Archibald en la oficina de la Compañía fue mas cordial. El intrépido senelandés había tocado la fibra sensible de la gente de negocios, el interés, y la fibra había sonado.

—Es U. en verdad el Gerente de la Selenium Life, Insurance Co.? dijo Joe Archibald, despues de saludar con toda cortesía.

—El mismo, repuso el interpelado, por que lo duda?

—Yo soy Archibald de Senelandia. Conozco las circunstancias y peripecias del naufragio de Hugo Lorimer, como cayó al agua, y como..... ha resucitado.

El Superintendente no pudo guardar la debida compostura. Se puso nervioso y dió a conocer la emoción que el asunto le despertaba.

Ha resucitado? puede U. probarlo?

—Poco a poco, comienze U. por serenarse. Sé, ademas, que la familia está cobrando con urgencia el pago del aseguro.

—Es cierto, pero la Compañía envió por su cuenta agentes secretos a la ciudad del Lago, a Senelandia, y de sus informes se infiere que la muerte no se ha comprobado, que el caso es dudoso. Las honras fúnebres fueron tan solemnes.....Dígame U. la verdad Señor Archibald.

Yo fui uno de los testigos del suceso. Acompañaba al presunto naufrago en la goleta Aurora. A mi esposa daba él limonadas, momentos antes de caer en lo profundo de las aguas.

—Mas, cómo dice U. que ha resucitado?

—Una cosa es morir y otra resucitar, Lo digo y lo puedo probar. Señor Gerente. Cuando el juez me interrogó en la Ciudad del Lago, dije que me constaba que el hombre había caído al agua, pero no que había muerto. No he visto su cadaver; al contrario.....

Desconcertaba al Gerente la serenidad de Archibald, su acento de ironía. Dominándose un poco, hizo las siguientes observaciones.

—Pero bien, qué sabe U.? Estoy ansioso de conocer la verdad. Puede U. probar que el asegurado no se ahogó, que ha resucitado? Qué es lo que U. puede demostrar de manera evidente?

—Puedo probarlo todo, pero no daré por ahora más detalles. Necesito conocer primero de manera formal, y por contrato escrito, si la Compañía recompensará mis servicios, por que en el caso de que Lorimer sea entregado sano y salvo, levantándolo de la tumba, como Jesucristo alzó a Lázaro, la Compañía se libraré de pagar medio millon de selenitas oro, y de muchos disgustos y rumores que circulan por el mundo lunar contra el honor mismo de la Selenium Life Insurance Co. Mientras más se tarde en dar a conocer la verdad, mas se exponen a pérdida, los negocios de la Compañía.

—Y cuánto pide U. por sus servicios?

—Cincuenta mil selenitas oro, contestó pausadamente Archibald de Senelandia, con la seguridad de que había descubierto un nuevo mundo, cual otro Cristobal Colon. Creia que se hallaba delante de Sus Magestades Ca-

tólicas, exigiendo con nobles maneras el título de Adelantado y Virrey de las Indias, y la mitad de los tesoros por descubrir y conquistar.

Sorprendióse el Superintendente. El asunto tornábase difícil. No parecía un cualquiera aquel Archibald de Senelandia. Después de meditar un rato, se empeñó en convencer a Archibald de la necesidad de dar alguna luz a los Directores de la Compañía. Se hallaba obligado a consultar con ellos, pero se reunían solamente los jueves de cada semana. Para disponer de tal cantidad de dinero, como Archibald pedía, era necesario el concurso de los Directores.

Pues bien, dijo Archibald, esperemos el jueves próximo, y diga U. a los Directores que con ellos se arreglará el negocio. Me parece mejor, a que U. no se halla autorizado para disponer de semejante caudal.

—Pero.....

—No hay pero que valga. Nadie me arrancará el secreto que poseo, sino mediante una justa remuneración. En la tierra de Ud. negocio es negocio y allá en Senelandia estamos aprendiendo a maravilla estas lecciones. Le dejó las señales de mi habitación.....

Y se despidió el intrépido senelandés con un saludo ceremonioso.

La cita no se hizo esperar. Un mensaje urgente señaló a nuestro héroe la hora y lugar de la entrevista con los reyes de la Compañía.

ANTE LOS REYES DE LA SELENIUM

X

Archibald fue puntual. El mismo Superintendente le condujo al salon de los Directores.

__Qué es lo que U. tiene que revelarnos? preguntó uno de ellos.

__Lo que ya dije al Señor Superintendente. Yo puedo presentar la prueba de que Lorimer está vivo, pero mediante arreglos concluyentes y efectivos con la Compañía.

__mas U. exige mucho dinero.....

__Uds. pueden resolver, son libres de aceptar o no la proposición.

__Y cual sería la prueba evidente?

__Lo que puedo decirles es que poseo una carta de fecha reciente, de puño y letra de Lorimer. Además de esto, si se obligan, Uds. por contrato formal, a pagarme mis servicios, entregaría a los agentes de Uds. al resuscitado en persona.

De los labios de Archibald salían lenta y calculadamente las palabras. Quería estudiar el efecto que producían, dominar por completo la situación.

__Pues bien, dijo el primero en la palabra, por qué no mostrar la carta de una vez? Sería la manera de comenzar los arreglos. Sin duda tendremos que pedir consejo a nuestros abogados, reunirnos de nuevo, y quisiéramos poder asegurar a ellos la certeza de lo que U. dice.

__Bastante he dicho ya, Señores. Talvez demasiado. Uds. saben por los informes de sus agentes los rumores circulantes allá en Senelandia y conocen la clase de hombres con quienes tienen que habérselas. Sin embargo, al ofrecerles las pruebas concluyentes, de que Lorimer vive en cuerpo y alma, Uds. vacilan y regatean.

__Déjenos, pues, algun tiempo para reflexionar.

—Les dejaré el tiempo que Uds. quieran, mas yo no podré vivir sin dinero en esta Metrópoli del Mundo, tan costosa. Observen, además, que Lorimer es muy capaz de morir de verdad.....

El toque fue admirable. Los Directores dispusieron dar una pensión semanal a nuestro heroe, y reunirse de nuevo el jueves siguiente, despues de la consulta con los abogados.

Pasaron varios jueves. Ya se sabe que las consultas de abogados son bien largas, lo necesario para que aumenten sus ganancias. Otras entrevistas largas pasaron y Archibald se impacientaba. Una vez dijo que las cosas no podían continuar así, que aquellos jueves le costaban caros y sus negocios de Senelandia padecían. Los Directores le señalaron por eso mayor pensión.

Hubo reunión general de accionistas. Todos debían autorizar el gasto. Ante la solemne Asamblea compareció Archibald de Senelandia. Todos los semblantes se dirigieron hacia él, pero sostuvo las mismas cosas con singular aplomo.

Por fin, llegó el ultimo jueves. Entraron los Directores en conversacion más definida. Cincuenta mil selenitas oro, parecían una cantidad exajerada. Debía rebajarse. Primero hablaron de pagar diez mil, luego quince mil, en definitiva, veinte y cinco mil.

Archibald no quería ceder. Por lo menos cuarenta mil, dijo con resolución. Pero los reyes de la Selenium no transigieron, y despues de larga lucha, Archibald de Senelandia creyó prudente aceptar, dejando el trato cerrado y exigiendo que se hiciera una escritura en regla.

—La hará el abogado de la Compañia, repuso uno.

—No, replicó Archibald. Yo tengo en la Metrópoli del Mundo un abogado senelandés de mi confianza.....

Los Directores consintieron. No había más jueves que perder. Se hizo la escritura. Archibald recibiría una parte del dinero al contado, y el resto despues de la captura de Lorimer.

Fue puesta a la orden de los Directores la carta de que hemos hablado en el decurso de esta maravillosa historia. Se hizo la comparación con otros escritos del resucitado, y se obtuvo el convencimiento completo, la certeza de la existencia real y efectiva de Hugó Lorimer.

Parece que el abogado redactor de la escritura cobró también sus buenos pesos selenitas de la Compañía. La ocasión la pintan calva.....

XI

LA FAMOSA CUEVA DE MONTESINOS

Archibald volvió contento a su habitación, satisfecho de sus esfuerzos. Se acostó pensando en Lorimer, y al poco dormir el sueño se le hizo pesado. Soñaba con su patria, Senelandia, mirando a Lorimer en el fondo de obscura y espantable cueva, misteriosa como la de Montesinos, que Don Quijote hizo inmortal, luenga la barba, delgado el cuerpo, macilento el rostro, las mejillas flácidas por el trajín de la vigilia, doblada la cabeza, el codo sobre la rodilla y la barba sobre la mano. La vera efigie del hombre con quien Archibald conversara hacía días, en la misteriosa casa de la Ciudad del lago, se destacaba en el sueño de manera sorprendente y emocionante.....

Una mortecina lámpara ilumina el agreste y solitario sitio, un modesto catre, una mesa, unos libros, tres o cuatro sillas, una hamaca, la tropical hamaca. Parece el hogar de persona muerta en vida, temerosa de que el mundo se dé cuenta de que todavía existe, la sombría vivienda de un sentenciado a muerte, que tiembla ante la idea de caer en las manos del verdugo.

El moderno ermitaño alza de repente la cabeza y contempla el Crucifijo y la Virgen que de los espaldares de su lecho cuelgan, los retratos

de su esposa y de sus hijos. Su mirar es triste, su frente deja adivinar los pensamientos que acuden en tropel y le laceran el alma. Enredaderas silvestres caen sobre la entrada de la cueva, matorrales cubren el sendero y magestuosos bambúes forman como un arco sobre el barranco y los peñascos.....

Archibald se extremece un poco, despierta y se pasa la mano por las sienes, deseoso de romper el hilo de aquella pesadilla, consolido por primera vez de la suerte del nuevo Montesinos.

El día siguiente dictó él mismo las instrucciones necesarias al Gerente de la Compañía. Parece ahora el amo y da órdenes. Un detective debe salir de la Metropoli del Mundo para el lejano país de Senelandia. Al llegar pondrá avisos en los periódicos sobre compras de ganado, ofreciendo pagar los mejores precios. Allá se dará cita con Archibald, quien adelantará el camino desde luego, para preparar bien las cosas y desorientar a la familia de Lorimer y a los personajes poderosos interesados en el asunto.

Para engañar con mayor astucia, Archibald llégase al Consulado de su patria y se queja de pobreza. Ruega que le den el pasaje de regreso y algún dinero para los gastos del camino.

Todo consigue. Es hombre que convence y triunfa. Por casualidad el Cónsul regresa también a Senelandia, y regresan en consecuencia juntos.

Sigamos al viajero.....Ya se halla en su casa. No ha hecho ruido. No ha dejado huellas casi. Nadie conoce sus designios, solamente los Directores de la Compañía. Medita sobre la manera de descubrir el escondite de Lorimer. Hace viajes frecuentes en busca de ganado, por las vecinas serranías, situadas del otro lado del Lago.

Un día encuentra en el camino a uno de sus parientes, el tío John Aeguelles, hombre de bastante edad, barba blanca, llena de pecas la cara, delgado y alto, dueño de una hacienda llamada Hayapita. Saluda Archibald al tío alegremente y le pide una poca agua para tomar. El tío abre unas hermosas y flamantes alforjas de vaqueta, saca una botella termo y otra de

cognac finisimo. Obsequia con una copa de licor al sobrino y luego le ofrece agua fresca, de puro y cristalino manantial.

El sobrino bebe, pero sus ojos observan de soslayo todo, la buena bestia, la hermosa silla, la flamante alforja, la botella de refrescar el agua, la marca del fino cognac Martell de cinco estrellas. Recuerda el vino añejo, de sabor exquisito, de su amigo el catalan, vendido al Arzobispo, y sonríe malicioso.....

Despidense luego tío y sobrino; éste para la Ciudad del Lago, aquel para su hacienda de Hayapita.

Archibald reflexiona, mientras continúa la marcha bajo el sol abrasador. El tío Argüelles nunca ha gozado de regalos tales. Humilde y mal vestido, usaba siempre alforjas de cabulla. Cognac no bebía. Termos no conocía. Buena cabalgadura, mucho menos. Silla inglesa de montar, tampoco. A qué hado propicio se debe el cambio notable realizado en su existencia?

Repetíase Archibald la pregunta una y más veces. Analizaba el hecho en todas sus faces, por fuera y por dentro y en lo más recóndito que pudiera sospechar. Repasaba la vida entera de John Argüelles.....

De pronto, como respondiendo a una interrogación de espíritu invisible, exclamó:

En Hayapita yace el cuerpo del resucitado....! No urge indagar más... Y apresuró su marcha a la Capital, para esperar tranquilamente el arribo del detective Willian Jones.

Si acertó o no el agudísimo Archibald en sus sospechas, en el capítulo siguiente lo sabreis vosotros, queridos oyentes ocultistas, curiosos habitantes de la América Central, asociados de la logia Selenia.

EL DETECTIVE WILLIAM JONES

Leyóse un día en el pizarrón del Gran Hotel de la Capital de Senelandia el nombre de William Jones y en los periódicos la gran noticia de su llegada. Se trataba de un rico comprador de ganado.

Nuestro Archibald se apresura a visitarle y le da cuenta del buen resultado de sus investigaciones. La presa está segura. Tenía él seguridad de que su tío Arguelles, ganadero, se apresuraría a ofrecer a la venta algún centenar de reses, y así fue. El tío llegó a la Capital, en busca en primer término del sobrino, quien en su viaje a la Metrópoli del Mundo había aprendido el idioma inglés.

El sobrino no se dejó de rogar. El mismo acompañaría a su tío a la habitación de William Jones, a quien previno de lo que pasaba con la debida cautela, aconsejándole que buscara un compañero, otro detective, para las dos de la tarde. Este debía ocultarse en otra habitación.

Jones consiguió para esto a un extranjero familiarmente conocido con el nombre del Capitan German. Vistióle de propósito y le puso al cinto una pistola Colt, 44. Es singular que en la Luna haya igualmente pistolas, pero no faltamos un ápice a la verdad, como no hemos faltado cuando se ha dicho que catalanes y detectives hay también.

A las dos de la tarde en punto el bueno del sobrino invitó al inocente del tío para dirigirse al Hotel. Jones recibió a John Arguelles con amabilidad, señalando asientos a los dos visitantes.....

Por sorpresa, de manera rápida, Jones se levantó amenazante, tomando del brazo con fuerza al tío Arguelles y obligándole a ponerse de pie. En tono fuerte, dícele:

—No es ganado el que buscamos. Sabemos bien que U. guarda a Hugo Lorimer en la hacienda Hayapita, que U. es su cómplice; y por eso lo hacemos desde este momento nuestro prisionero.....

__John Argüelles tembló.....Ya le tenían agarrado del otro brazo el Capitan German y le mostraba intencionalmente el pistolón 44.

Archibald disimulaba.

Argüelles quiso defender su honra, al escuchar la palabra cómplice. El no había delinquido nunca. Sus canas, su honor....una larga vida de trabajo honrado....No mancharía jamás el nombre de su familia.

__Verdad sobrino?, balbuceó, volviéndose hacia Archibal, en solicitud de amparo.

__Está demás negar las cosas, dijo éste con aspecto socarrón. Estos hombres lo saben todo. Si U. no lo confiesa con franqueza, se expone a caer también en la prisión.....Vamos, diga la verdad.

__Si Lorimer me ha dicho, cuando me rogó que le ocultare, que en estas cosas no se comete delito/ Yo le creí, esa es mi culpa, la de haberle dado generosa hospitalidad, cuando llegó a perdírmela. Es cierto, se halla oculto en mi propia hacienda, pero yo soy inocente.

__Para demostrar esa inocencia tiene U. que entregarnos a Lorimer, dijo Jones con dureza.

__Esto es muy grave para mí, entregar yo mismo al desgraciado/

__Entregarlo, repuso Archibald es deber suyo. Mire por su propio nombre y el de su familia, la cual padecerá de verle prisionero. Ya U. confesó la verdad y la ley podría llegar hasta sus canas.....

El pobre anciano convino en lo que quisieron ordenarle, y se fue cabizbajo, en compañía de su sobrino, encargado de guardarle.

En la calle decía:

__Es extraño lo que haces conmigo, José. Ya sabías todo esto. Esta ingratitud no te la perdonará Dios.

__No se preocupe, querido tío. Yo arreglaré estas cuentas con el Ser Supremo. El es la infinita bondad y me perdonará.....

A las siete de la mañana salió de la Capital el tren con los viajeros, nuestros conocidos Jones, German, Archibald, Argüelles. Por la tarde tomaron el camino de la hacienda de Hayapita, montados ya sobre buenas cabalgaduras.

Argüelle marchaba taciturno. Parecía presa de intensa pena. Le perseguía el recuerdo de Lorimer, recostado talvez en su hamaca, fumando, mirando el humo del cigarro. Por su imaginación, se decía Argüelles, no cruza ahora sospecha alguna. Creerá que le llevo buenas noticias de su familia y alguna esperanza sobre el cobre del asegurado. Argüelles sentía daño de pensar en esto y procuraba distraerse.

Como a las nueve de la noche, dijo Archibald que la casa estaba cerca y que sería conveniente que tomaran por veredas, dejando las cabalgaduras.

Sentían todos honda emoción. Pisaban el suelo de manera muy queda, conteniendo el aliento, evitando las sendas por donde hubiese alguna claridad, o mas, las sombras sospechosas, temerosos de todo, hasta del cacarear de las gallinas, tan agorero, que suele interrumpir el silencio de la noche y despertar a la gente sobresaltada. Iban de cerca en cerca, de poste en poste, agazapándose a las veces a la sombra del ganado manso y dormido.....

Jones va adelante lleva una cámara de fotografía en una mano..... En el momento preciso gana de un salto la puerta de la casa, y mira a Lorimer levantarse medroso de la hamaca. El resucitado huye, volviendo el rostro hacia la puerta; pero Jones tiene tiempo de inundar la sala de claridad y de tomar la instantánea, en un segundo.

Jones avanza hacia él en el momento en que sus acompañantes entran en escena. Argüelles se oculta un poco en el umbral.

Quiere defenderse Lorimer, espuña un revolver con su diestra mano. Jones le mira y dice con buen modo:

Sobra la amenaza. Su retrato está tomado y hay testigos. Pueden declarar que U. se halla vivo en carne y hueso, que han asistido a una gran comedia, en la cual es U. el protagonista. Le felicito, es U. hombre genial.

Lorimer no está para felicitaciones. Cae el arma a sus pies. Todo se ha perdido. Baja la vista, inclina la cabeza sobre el pecho, ruedan lágrimas por sus mejillas, habla de manera entrecortada:

Qué será de mi familia...../

Serénese, dice Jones interrumpiéndole. Tiene que firmar ahora mismo una declaración clara y exacta. Aquí tiene papel.

Algunas luces brillaban ya en la sala.

Yo no quiero caer en la cárcel, repuso Lorimer. Firmaré la declaración si se me dan garantías de libertad.....

Obedeció como un niño. Le pusieron la pluma en la mano. Así consta su declaración en los archivos de la logia Selenia:

"Yo, Hugo Lorimer, natural de la Ciudad del Lago, en el completo uso de mis facultades, solemnemente declaro:

Que estoy vivo, en carne y hueso, como todos los vivientes. Mi naufragio fue aparente. Caí en las profundas aguas, y me agarré del cable que la goleta Aurora llevaba a estribor. Fue mi escondite por muchos días mi propia casa y presencié las sugestivas ceremonias fúnebres. Vi al prudente varón de Costafirme la vez que llegó a dar el pesame a mi familia. Agradezco en el alma su discreción. Tuve cómplices que me sacaron del seno de las aguas, cual otro Neptuno, pero debo callar sus nombres. Los descubriré a la hora de mi muerte, para que sean conocidos de las generaciones senelandesas y de los Estados Unidos de la Luna. Confío en que la vindicta pública me será leve en vida, como lo fue a la hora de mi fingida muerte. Con la mayor solemnidad exorto a todos los que posean en este mundo lunar pólizas de vida, a la meditación profunda. Si llegan a

tomar la resolución de morir, los ruego que lo hagan de verda, a la luz del sol, y que no se dejen acercar a ningún Archibald de Senelandia a la escena de la muerte. No es tarea fácil ni humana el engañar a las Compañías de Seguros de Vida con suicidios aparentes. Es preciso morir por manera auténtica y probada.

"Declaro solvente de toda obligación a la Selenium Life Insurance Co. y la dejo en la buena opinión y fama que siempre tuvo y tendrá en este mundo selenita. Ha sido honorable, precavida y justiciera. Firmado en Hayapita, año dos mil del calendario lunar- Hugo Lorimer-Jones)German-Archibald-Argüelles."

Es justo decir que la idea de no consentir a Archibald de Senelandia en golotas, ni trenas, ni lugares en donde se perpetren suicidios fue hija exclusiva del resucitado.

EPÍLOGO

La noticia de la resurrección de Lorimer, nuestro moderno Lázaro, circuló rápidamente en Senelandia, en el mundo lunar y en los planos astrales en alas de los espíritus. Su fotografía fue copiada por todos los rotativos del orbe, gracias al radio, el cual también existe en la Luna. El telégrafo sin hilos vibró en los espacios por varias semanas. Sus antenas se mantenían temblorosas al contacto de las ondas hertzianas, conductoras del pulso mismo de la ciudad del Lago, de sus alegrías y sus penas. No hubo misas en acción de gracias por el felice término de esta aventura.

El Gobierno de Senelandia, y sus cortes y sus jueces guardan discreto silencio todavía, y a fe que tienen razón. Las faltas cometidas en el escenario de un teatro no están previstas por la ley, así haya siniestra manzanza de los actores y autores. Se ven caer las víctimas, hombres y mujeres, en los dramas, y los códigos y los jueces permanecen sordos a la jus-

ticia, siquiera fuese justicia literaria. No merecen castigo ni baldón alguno. Al contrario, aplausos, cuando el papel se ha desempeñado a maravilla, como lo hizo el protagonista de esta mil veces singular historia, item mas que no hubo choques sangrientos, ni batallas.

Solamente de un insigne caballero, el sin par Don Quijote de la Mancha, se recuerda la osadía de castigar con su tizona a los malandrines que irrespetuosamente trataban, en el retablo de Maese Pedro, a la donosa Princesa Melisendra; mas los magnates de Senelandia no tienen nada de quijotes, por cuya razón han merecido y merecen el cariño de la guardia que el Gobierno de Estados Unidos de la Luna les ha enviado, para solaz y prosperidad de la senelandesa gente. Reservado estaba a un espíritu de ultratumba el difundir y enaltecer en ambos mundos los méritos y galardones de Hugo Lorimer.

El resucitado se empeñaba en no salir de la obscuridad. El espíritu narrador de esta leyenda le presenta respetuoso a los mortales con una corona de laureles. De regreso al hogar, en el cual tuvo la felicidad de hallar un espíritu recién nacido, es raro verle por las calles de la ciudad, en altas horas de la noche, paseando solitario su nostalgia, llena la cabeza de prodigios y recuerdos.

Vive tranquilo al lado de los suyos, en la sultanezca ciudad de sus antepasados, la cual se recuesta indolente y garrida sobre las riberas del encantado Lago, el más bello de la Luna, el tercero del mundo selenita y el primero del Universo por haber sido testigo de las proezas de Hugo Lorimer y del no menos admirable Archibald de Senelandia.

fin.